

LA SABIDURIA DEL SUFRIMIENTO



Marco A. Fernández Navarrete
Persona

¡La sabiduría está en todas partes, solo basta con abrir los sentidos y disfrutarla!..... Una experiencia mágica con don Mario Torres, un indigente de la ciudad de Antofagasta.

Hace aproximadamente quince años atrás, viví tal vez, una de las experiencias de mayor significación personal y pienso que podría orientar también la reflexión de otras personas, es por ello que me decidí a compartirla. Mientras trotaba por la costanera de la ciudad de Antofagasta me tope a don Mario Torres, un indigente con incapacidad física producto de un accidente, le faltaba el brazo derecho y tenía serias dificultades para caminar. En el momento en que lo vi por primera vez estaba sentado en un banco de madera, estaba de espaldas intentando infructuosamente ponerse una camiseta blanca, era eso de las 20:00 horas de un mes de enero, era la hora en que él empezaba a vestirse para pasar la noche tapado con cartones, debajo de unos arbustos. Pase por su lado sin advertir la enorme dificultad que tenía para poder vestirse, mucha gente que paseaba pasaba a su lado indiferente. Seguí corriendo unos 15 minutos más y mientras lo hacía me cuestionaba a mí mismo, ¿Por qué no me detuve a ayudarlo?, me sentí muy mal por mi falta de sensibilidad, luego de eso, decido regresar al hotel donde me alojaba y ¡sorpresa! , ahí estaba don Mario todavía tratando de ponerse su camiseta, ahora si me detuve dando gracias a Dios por la oportunidad que me daba de enmendar mi error. Le pregunté: ¿Quiere que le ayude a vestirse?

Don Mario: gracias señor, esto es muy difícil para mí sin un brazo y con mi columna lesionada. Inmediatamente después pregunto mi nombre y él procedió seguidamente a presentarse, solo sin que yo le preguntara nada.

Don Mario: yo soy Mario Torres y hace 15 años viaje desde Rancagua en bicicleta hacia el norte en busca de una nueva vida y así fue, ya que después de viajar dos meses llegué a Antofagasta y al entrar a la ciudad me atropelló un camión que me dejó como estoy ahora. Ahí empezó para mí una nueva vida, sonrió con una carga de ironía.

A esa altura de la conversación ya habíamos terminado su tarea de vestirse y yo me encontraba con un nudo en la garganta, le pregunté si tenía hambre ante lo cual me respondió que no, ya que una señora de un departamento cercano al lugar donde él se alojaba le había dado, como todas las noches, un termo con té y un pancito para comer. Me indicó que solo tomaba el té y prefería guardar el pan para el desayuno del otro día. Esto me conmovió y le dije:

Don Mario, espéreme, regreso al hotel, tomare una ducha y le traeré un buen sándwich. ¿Qué le parece?

Don Mario: no se moleste caballero, no es necesario

Don Mario era una persona muy respetuosa y digna, tenía un muy buen uso del lenguaje. Sus ojos tenían una mirada profunda y compasiva, no se podía observar en él dolor ni nada parcedido, era una persona encantadora con muchas historias. En forma un tanto jocosa me contó que el proceso de vestirse, normalmente le tomaba a él cerca de dos horas ya que era un esfuerzo que hacía solo y sin ayuda.

Luego de eso retomé mi trote, dejándole en claro que volvería en una hora más con lo que le había ofrecido. Él me dijo:

Don Mario: vaya nomas, luego seguimos conversando.

Ciertamente su principal motivación en ese momento no era la comida, sino la posibilidad de seguir conversando, pensé en eso todo el trayecto de regreso. Una hora más tarde, tome un taxi desde el hotel y llegue hasta donde él se encontraba, allí estaba y me estaba esperando. Su cara brillaba de alegría y mi corazón se llenaba de emociones. Eran ya cerca de las once de la noche, no se comió el pan y no se tomó la bebida, me dijo que las guardaría para el otro día. En ese momento se acordó que al día siguiente tenía hora en hospital y estaba muy preocupado porque no se alcanzó a bañar ni a lavar una tenida de ropa. Tenía dos tenidas, guardaba una en un morral para esas ocasiones. En ese momento, embargado de una emoción muy profunda y deseo de ayudar a esa persona y le dije:

Esta noche nos vamos a ir a hospedar a una residencial, allí podrá comer, bañarse y lavar su ropa.

Me miró, no dijo nada, solo asintió con su cabeza. Tomamos un taxi que pasaba y le explique al taxista lo que queríamos, el taxista fue extremadamente comprensivo y nos llevó hasta una residencial cercana. Entre yo primero para explicar a la recepcionista el tema, me costó un poco convencerla, salió a la calle para ver a don Mario, lo vio sobrio y limpio y accedió a ingresarlo. Don Mario estaba nervioso y me pidió que lo deje instalado en su habitación antes que me vaya. Entró y lo primero que revisó fue el baño, era con tina y ducha. En ese momento me pregunto:

Don Mario: ¿usted podría esperar hasta que me bañe?, no quiero causar algún daño si me caigo.

¡Qué locura! Pensé, que importa si le pasa algo al baño lo importante es que no se vaya a caer. Me quede afuera del baño de su habitación, le dije que sentara en la tina y se bañe con toda calma, que yo me quedaría atento a cualquier ruido extraño.

Efectivamente estuvo en la tina como una hora, yo le hable en todo momento para mantener la comunicación. Luego salió del baño a medio vestir y se sentó en la cama. En ese momento me preguntó...

Don Mario: ¿y cómo le voy a pagar esto?

Trate de explicarle que hay ciertas cosas que no tienen precio, no sé si quedo conforme pero se alojó esa noche en la residencial, al día siguiente el mismo taxi que nos llevó lo pasaría a buscar para llevarlo al hospital. Yo debía tomar temprano un vuelo de regreso a Santiago.

Quince días después regrese a Antofagasta, mis emociones revivían la experiencia de haber conocido a Don Mario, a esa altura ya tenía planes para él, había hecho gestiones en el hogar de Cristo, Caritas y una casa de reposo en Antofagasta para darle alternativas, si era necesario estaba dispuesto a asumir compromiso permanente con él.

Termino mi jornada ese día alrededor de las seis de la tarde, enseguida me dirigí al lugar donde podía encontrar a Don Mario. En efecto lo encontré, aun no iniciaba su proceso de vestirse para la noche, estaba vendiendo golosinas en un semáforo. Lo esperé hasta cerca de una hora, hasta que decidió dejar de vender, en todo ese tiempo nadie le compró nada. La verdad, eso me dio mucha lata.

Me saludo un poco distante, se acordaba de mí pero no con el entusiasmo que yo esperaba, que egocéntrico me sentí en ese momento, yo esperaba que lo que para mí era importante también lo fuera para él. Al rato de conversar, le ayude a vestirse, ya la conversación había tomado vuelo de nuevo, me conto su historia de vida con lujo de detalles. Al final de nuestra conversación, cerca de la diez de la noche de ese día le conté lo que se me había ocurrido y las posibilidades que podría tener para vivir. Cuando termine mi propuesta, me dijo algo que hasta el día de hoy resuena en mi mente y no término de asimilar:

Don Mario: usted no sabe cuánto le agradezco que se preocupe por mí, pero déjeme aquí como estoy.

Antes de que terminara de hablar, lo interrumpí y le dije; pero Don Mario usted pasa frio durmiendo aquí.

Don Mario: Así es, aquí paso frio, pero el frio me recuerda que estoy vivo.

Quede anonadado, no sabía que decir, sentí que Don Mario en ese momento me daba una las lecciones más importantes de mi vida. Nunca olvidaré ese momento.

Marco A. Fernández Navarrete
marco@posibilitas.cl

